



**MONS. FRANCISCO CASES ANDREU
OBISPO DE CANARIAS**

EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU

Encuentro Diocesano de Catequistas

Canarias, Mayo de 2014

creyentes, marcándolos, sellándolos, haciéndolos 'ungidos', 'cristianos'; es el mismo Espíritu el que unifica a la Iglesia en la comunión, y la hace una familia que enriquece con la diversidad de sus dones; es el mismo Espíritu el que derrama sobre ella el mismo espíritu de misión que impulsó a Cristo. Identidad cristiana, comunión eclesial e impulso misionero van siempre de la mano, pues son el don y el signo de la acción del mismo y único Espíritu.

El libro de los Hechos de los Apóstoles está abierto en nuestras manos. Abierto para seguir leyéndolo y orándolo, abierto para descubrir las huellas de los Apóstoles primeros y seguir su rastro, abierto para seguir dejándonos guiar por el Espíritu... como si el Espíritu nos animara y nos llevara a escribir permanentemente nuevos capítulos.

Con nuestro Papa Francisco oramos hablando con María, la Madre del Evangelio viviente. Ella, reunida con los Apóstoles, suplicó la venida del Espíritu, el Espíritu que la llenó para que Dios fuera siempre el más cercano a los hombres

*Estrella de la nueva evangelización,
ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión,
del servicio, de la fe ardiente y generosa,
de la justicia y el amor a los pobres,
para que la alegría del Evangelio
llegue hasta los confines de la tierra
y ninguna periferia se prive de su luz.
Madre del Evangelio viviente,
manantial de alegría para los pequeños,
ruega por nosotros.
Amén.*

de comunión que El había venido a traer. Esperaban la salvación de cumplimientos personales, y confiaban hacer a todo el mundo judío para poder ser después seguidores de Cristo el Señor. Por la acción del Espíritu han debido descubrir, en la intemperie de la misión, que "nos salvamos por la gracia del Señor Jesús" (Act. 15, 11), y que a los de fuera "Dios les ha concedido el mismo don que a nosotros" (Act. 11, 17).

"El día de Pentecostés se presentó Pedro con los Once, levantó la voz y dirigió la palabra: Escuchadme, israelitas. Os hablo de Jesús Nazareno... Dios resucitó a este Jesús y todos nosotros somos testigos" (Act. 2, 14. 22. 32). Cuando leo y releo hoy estas palabras del primer anuncio cristiano, me pregunto si no estamos los creyentes hoy demasiado entretenidos en hacer análisis de lo que habrá al otro lado de una puerta, la de nuestros medrosos cenáculos, que no terminamos de abrir del todo. Me pregunto si hablamos suficientemente de Jesús Nazareno. Me pregunto si nuestra convicción y confianza en el poder de la Resurrección nos hacen verdaderos testigos, o no pasamos de ser, en el mejor de los casos, técnicos de propaganda evangélica o de dinámica de grupos. Pero me consuela y me anima creer que el Espíritu que actuó entonces sigue actuando y seguirá actuando hasta el último día.

En la falta de dinamismo misionero de algunos o muchos cristianos, en la falta de coraje evangelizador de algunas o muchas comunidades, lo que está en juego, lo que se pone en evidencia es simplemente la falta de vitalidad cristiana. Es cierto que las dificultades para la misión son crecientes, y la indiferencia religiosa crece sin detenerse, pero si no anunciamos a Cristo quizás sea simple y llanamente porque no hemos vivido el encuentro personal gozoso con el Señor resucitado, porque Cristo está poco presente en nuestras vidas, en nuestras convicciones más profundas, en nuestros criterios, en nuestros afectos, y en nuestros comportamientos. Es el mismo Espíritu el que llena con su gracia y caridad el corazón de los

EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU

Encuentro diocesano de Catequistas 2014

El lema que les propongo este curso: *Evangelizadores con Espíritu*, es el título del capítulo último de la Exhortación del Papa Francisco LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO. Les recomiendo vivamente la lectura y reflexión sobre todo ese capítulo, tan rico, tan cercano, tan importante para el generoso trabajo que desempeñan en la Iglesia como Catequistas.

Tener "espíritu" para una tarea -nos dice el Santo Padre- indica que se poseen "unos móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria... Pero sé que ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu. En definitiva, **una evangelización con espíritu es una evangelización con Espíritu Santo, ya que Él es el alma de la Iglesia evangelizadora**" (EG 261).

Muchas veces he indicado esta idea: cuando hablamos de cansancio, des-gana, des-ánimo, des-aliento, ¿no tendríamos que preguntarnos por la falta de Espíritu con mayúsculas, por la debilidad de la acogida por nuestra parte de la luz y la fuerza del Espíritu Santo? Reflexionemos sobre esta presencia actuante del Espíritu en nosotros.

Para conocer qué hace el Espíritu en cada creyente y en la Iglesia es muy iluminador leer despacio todo el libro de los Hechos de los Apóstoles. Este segundo tomo de la obra evangélica de Lucas tiene una profunda unidad con la primera parte. Los dos tienen un solo tema: **la palabra y la obra del Señor Jesús: EL EVANGELIO**. Lucas presenta a Jesús como el Hijo de Dios concebido por obra del Espíritu Santo (cf. Luc 1, 35); el Espíritu que bajó sobre él en el Jordán (cf. Luc 3, 22) le llena, está sobre Él, le

lleva al desierto, a Galilea, le envía a anunciar la Buena Noticia a los pobres y a proclamar el año de gracia del Señor (cf. Luc 4, 1. 14. 18s), le llena de gozo y le hace bendecir al Padre (cf. Luc 10, 21).

La acogida de este Evangelio, de esta palabra y esta obra de Jesús, la Buena Noticia, no ha sido fácil. No lo fue en los años que duró el ministerio histórico de Jesús, ni siquiera para los discípulos. Nuestro evangelista lo subraya con fuerza en más de una ocasión: "*No comprendieron nada, estas palabras les quedaban ocultas, y no entendían lo que había dicho*" (Luc 18, 34). Momentos antes de la Ascensión, ese grupo de discípulos que ha pisado los caminos de Palestina en compañía del Maestro camino de Jerusalén, que ha escuchado sus enseñanzas directamente, que le ha visto actuar, tratar a las gentes, no ha entendido absolutamente nada. "*¿Es ahora cuando vas a restaurar el Reino de Israel?*" (Act 1, 6) preguntan desorientados.

Tenemos el riesgo de concebir a priori el Libro de los Hechos como el principio de la actuación de la Iglesia, una Iglesia que, sin querer y sin pensar más detenidamente, entendemos como la 'continuada' de la presencia y la acción de Cristo. Cristo desaparece de la escena por la Ascensión, y la Iglesia viene a llenar el hueco, a ocupar su puesto, retoma su tarea o su misión. En realidad, tenemos que afirmar con toda claridad que la Iglesia no 'continúa' la acción de Cristo. Ni sabría ni podría hacerlo sin Él y sin su Espíritu, y ésta es precisamente la tesis de Lucas en el segundo tomo de su obra: es el mismo Cristo Resucitado quien continúa su obra, pero ahora en la Iglesia y por su Iglesia en la fuerza del Espíritu, "que ha recibido del Padre, y ha derramado" (Act. 2, 33) sobre los que han de ser sus testigos.

Por eso los dos grandes protagonistas del libro de los Hechos son los mismos que los del Evangelio: El Espíritu y la Palabra. Al anuncio del cumplimiento de la profecía de Isaías (Is. 61) en la

Las reflexiones del apartado anterior me parece que ponen muy claramente de manifiesto que la comunión y la misión en la Iglesia están íntimamente implicadas, surgen del encuentro gozoso con Cristo, de la identificación con Él, que es la identidad profunda de la misma Iglesia, y en todo y siempre son fruto de la acción del Espíritu Santo. Si la comunión en Cristo es la entraña misma de la Iglesia, la misión que ésta ha de llevar a cabo no es un hecho de números o de kilómetros, sino la misma comunión en Cristo que se extiende hasta alcanzar a toda la Humanidad.

Lucas sitúa el principio del ministerio público de Jesús bajo el signo de la profecía de Isaías, cumplida en él: Jesús es el Ungido por el Espíritu, el Cristo, el consagrado para ser **enviado a anunciar la Buena Nueva**. Su vida será y se manifestará como una vida en función del Evangelio. Con sensibilidad para captar la pobreza, la opresión, la ceguera. Y todo ello desde la acción del Espíritu del Señor. (Cf. Luc 4)

El libro de los Hechos, el manual del misionero, no sólo cuenta la expansión geográfica del anuncio de la Palabra en el curso de unos años concretos, como acabamos de ver, sino que pone de manifiesto para la Iglesia de todos los tiempos que el ser Evangelizadora es la razón de ser de la Iglesia: '*Seréis mis testigos*'. Pero al mismo tiempo, manifiesta que el hacerse evangelizador, el atravesar las puertas de la propia instalación para emprender los caminos del mundo, pone en evidencia nuestra identificación o nuestra falta de identificación con Dios en Jesús; e igualmente pone en evidencia nuestro sentido de comunión, o nuestra falta de amor, nuestro estar en el seno de su Iglesia como familia unida y nuestro entusiasmo por hacer de todos los hombres una sola familia.

Los primeros testigos comprobaron, precisamente al abrir las puertas del Cenáculo y salir a la calle, que no estaban totalmente identificados como creyentes en Jesús, ni estaban dispuestos al tipo

los carismas mejores. **Y aún os voy a mostrar un camino mejor.** Ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles; si no tengo amor... Ya podría yo tener el don de predicción y conocer todos los secretos y todo el saber; si no tengo amor... Ya podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor...(1 Cor 12, 31 - 13, 3). El amor no es un carisma (don) más, aunque sea el más importante. El amor es un camino mejor. Dejadme citar un bellissimo texto del P. Lyonnet, famoso conocedor de San Pablo: "El amor no es solamente un 'don del Espíritu Santo'; es una "actividad del Espíritu Santo mismo" en el corazón mismo del hombre. No es únicamente que lleva a Dios; Dios no está al final del camino; está ahí ya; él mismo "camina" con el que ama. Dios ama en él. Pablo VI lo recordaba a los peregrinos de la Renovación carismática en Pentecostés de 1975 citando un bello pasaje de San Fulgencio: 'El Espíritu Santo puede conceder toda clase de dones sin estar presente él mismo; él demuestra que está presente en persona por la gracia cuando concede el amor' ".¹

3.- EL ESPÍRITU ENVÍA A SU IGLESIA A ANUNCIAR A CRISTO Y LA ACOMPAÑA EN ESTA TAREA, HACIENDO MISIONEROS A TODOS LOS CREYENTES.

Una Iglesia en salida.

Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio. La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera. (EG 20, 21)

¹ S. LYONNET, *Agapè et Charismes* selon 1 Cor 12, 31, en L. DE LORENZI (Ed.), *Paul de Tarse Apôtre du notre temps*, Roma 1979, 526-527.

sinagoga de Nazaret (Luc 4, 21), que señala el principio del ministerio público de Jesús, corresponde el anuncio del cumplimiento de la profecía de Joel (Joel 3) en el cenáculo de Jerusalén (Hechos 2, 16ss), que señala el principio del ministerio del Señor Resucitado en su Iglesia y por su Iglesia. A lo largo de todo el libro de los Hechos, vemos que es el Espíritu quien guía la difusión, la expansión de la Palabra. Es el Espíritu quien marca la ruta, quien aúna a los discípulos en pasos y criterios, quien abre los corazones de los oyentes para que esa Palabra sea acogida. Por ello, la Iglesia de todos los tiempos, que se ha visto y se ve a sí misma en los pasos de los primeros testigos, ha profesado su fe en el Espíritu, la Promesa cumplida del Padre, el don derramado por el Ungido en plenitud.

Para entender, pues, la obra del Espíritu, sugiero como esquema pedagógico organizar nuestra reflexión en torno a este esquema:

1.- EL ESPÍRITU **HACE 'CRISTIANA'** A SU IGLESIA, Y A LOS CREYENTES EN SU SENOS.

2.- EL ESPÍRITU **UNIFICA** A SU IGLESIA EN CRISTO, Y A LOS CREYENTES LOS HACE HOMBRES DE COMUNIÓN.

3.- EL ESPÍRITU **ENVÍA** A SU IGLESIA A ANUNCIAR A CRISTO, LA ACOMPAÑA EN ESTA TAREA, HACIENDO MISIONEROS A TODOS LOS CREYENTES.

1.- EL ESPÍRITU HACE 'CRISTIANA' A SU IGLESIA, Y A LOS CREYENTES EN SU SENOS.

El encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva.
La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de

mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos (EG 264).

Es frecuente en los Padres de la Iglesia el denominar al Bautismo con el nombre de '*sello*' o '*santo sello*'. La expresión usada para la imposición de la señal de la cruz, se usó igualmente para designar al Bautismo como tal. Por el Bautismo recibimos una 'marca de pertenencia', una 'señal de protección'; esta señal es en el alma la imagen y semejanza de Dios, que, enturbiada por el pecado, se recupera para la salvación. Los Padres citaban a San Pablo: "*Es Dios quien nos ungió, y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones*" (2 Cor 1, 21-22). "*Habéis sido marcados por Cristo con el Espíritu Santo prometido*" (Ef 1, 13). "*No pongáis triste al Espíritu Santo de Dios con que él os ha sellado para el día de la liberación final*" (Ef. 4, 30).

Ese Espíritu, que hace a Jesús el Cristo, el Ungido, marca, sella, unge a los creyentes, los '**con-figura**', los '**con-forma**' con Cristo, los '**hace cristianos**'. El Espíritu de Jesús pone en nosotros la 'figura' del Señor Jesús, nos da 'forma' cristiana en criterios, juicios, afectos, opciones y comportamientos. Su sello reproduce en nosotros la imagen del Hijo, haciéndonos hijos en El, hijos que pueden y saben llamar a Dios: Abba, Padre. San Pablo invitará a los cristianos a "*tener los sentimientos propios de Cristo Jesús*" (Fil 2, 5), y nos dirá que el *hombre natural no capta lo que es propio del Espíritu de Dios... pero nosotros tenemos la mente de Cristo*" (I Cor 2, 14. 16).

Jesús en la última Cena anuncia el envío de su Espíritu, que es el otro Paráclito, el Defensor que tomará su propio puesto cuando Jesús '*se vaya y vuelvan a verlo*' (Cf. Juan 16, 16). Es el Espíritu de Jesús quien "*estará con vosotros para siempre*" (Juan 14, 16), quien "*os lo enseñará todo, y os recordará todo lo que yo os he dicho*" (Juan 14, 26), quien "*dará testimonio de mí (como también vosotros*

como tales. En el famoso Concilio de Jerusalén, Pedro contará su experiencia: "*Dios, conocedor de los corazones, dio testimonio en favor de los gentiles, comunicándoles el Espíritu Santo como a nosotros; y no hizo distinción alguna entre ellos y nosotros, pues purificó sus corazones con la fe*" (Act 15, 8-9). Los Apóstoles y los presbíteros advierten esta acción del Espíritu, y su mismo acuerdo, comunicado a las Iglesias, se dará a conocer como '*decisión del Espíritu Santo y nosotros*' (Act 15, 28).

La experiencia personal de Pablo como creyente se fundamenta en su encuentro con el Señor Jesús en el camino de Damasco. Allí toma conciencia de que está persiguiendo a Cristo. ¿Por qué **me** persigues? En el corazón de Pablo surge la pregunta: ¿Quién eres tú, a quien yo persigo? Él sabe que está persiguiendo a unos sediciosos, seguidores de un tal Jesús. Y descubre que persiguiéndolos a ellos está persiguiendo a Jesús. En Cristo, pues, quedan superadas las barreras de separación: de raza, sexo, condición social: "*no hay griego ni judío, circunciso e incircunciso, bárbaro o escita, esclavo o libre, sino que Cristo es todo y en todos*" (Col 3, 11) "*Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros soy uno en Cristo Jesús*" (Gal 3, 28). Todas las referencias que usamos los hombres para clasificar y fragmentar, quedan suprimidas por la unión en Cristo.

El Espíritu es la fuente y el origen de la doble riqueza de la Iglesia: la de su profunda unidad y la de su variada diversidad. Unidad y diversidad están en profunda relación, y ambas surgen de la acción del Espíritu. La unidad que anula y suprime la diversidad es fúnebre uniformidad. La diversidad que no construye la unidad es dispersión y distancia fragmentadora. La dialéctica entre unidad y diversidad no se resuelve satisfactoriamente si no se recurre al amor, 'el mandato' y al mismo tiempo el don del Señor Jesús. En los capítulos 12-14 de la 1 Corintios introduce San Pablo este tema del amor, precisamente en la dialéctica unidad-diversidad: "*Ambicionad*

viene sobre los samaritanos (cap. 8), y sobre los paganos, el centurión romano Cornelio y su familia (cap. 10-11). Si nos fijamos detenidamente se puede observar una correspondencia con las tres etapas geográficas que indicó el Señor Jesús antes de subir al cielo, para ser recorridas por sus discípulos cuando por fin recibieran 'la fuerza del Espíritu Santo': "*seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría, y hasta los confines de la tierra*" (Act 1, 8).

Estos dos datos fundamentales nos ponen en la pista de una enseñanza capital del libro de los Hechos: la expansión de la fe cristiana no es únicamente un hecho de kilómetros o de número de convertidos, que cada vez son más y más distintos y lejanos. Se trata en realidad de la verdadera recuperación de la unidad perdida, la configuración de la Humanidad nueva, verdaderamente universal. Judea, Samaría y los confines de la tierra representan las tres áreas de división de la Humanidad si se contempla con ojos judíos: Judea y Samaría son los viejos Reinos del Norte y del Sur; los Samaritanos son los 'indeseables' con los que no se debe hablar porque no tienen el pedigrí de la raza. Los confines de la tierra significan, todo lo existente fuera de las fronteras que delimitan el ámbito del Pueblo elegido, Roma, capital del Imperio, el mundo de los gentiles o paganos.

El Evangelio no solo viaja centenares de kilómetros hasta llegar a Roma, sino lo que es más importante y fundamental: **se superan en profundidad los fundamentos de la división entre los hombres**. Y es el Espíritu el maestro y el guía de esta superación. Cuando Pedro es recriminado por sus hermanos cristianos por "*haber entrado en casa de incircuncisos y haber comido con ellos*", responde que lo ha hecho porque "*El Espíritu le dijo que se fuera con los emisarios de Cornelio*", y porque "*apenas había empezado a hablar cuando cayó sobre ellos el Espíritu Santo, como al principio había caído sobre nosotros*" (cf. Act. 11, 12. 15). El Espíritu fortalece los corazones haciendo hermanos a quienes no se miran

daréis testimonio)" (Juan 15, 26-27), quien "*convencerá al mundo*" (Juan 16, 8), quien "*os guiará hasta la verdad completa*" (Juan 16, 13). Habla Jesús de una verdad que ya ha sido dicha, pero que encuentra dificultad en ser asumida, como si no llegara a convencer, al menos de momento; habla de que conviene que Él desaparezca para que esta dificultad pueda ser superada. Cuando Él se haya ido y envíe el Espíritu, entonces re-conocerán y comprenderán, entonces alcanzarán la verdad plena, entonces se convencerán y podrán convencer.

El Espíritu '*les re-cordará lo que Él ya ha dicho, tomará de lo de Jesús y lo comunicará a los suyos*' (cf. Juan 14, 26; 16, 14). Se trata de que la verdad de Cristo, la Verdad que es Cristo en persona, no es inteligible hasta que no consumara su Pascua y no entregara su Espíritu como maestro interior que **enseña y fortalece**.

Estos dos verbos: **enseñar y fortalecer** son inseparables y nos dan la clave de la acción del Espíritu en nosotros. La 'enseñanza' del Espíritu, que es en realidad memoria, re-cuerdo, actualización de la enseñanza de Jesús, 'fortalece'. Todos tenemos la experiencia de que no basta con conocer lo que se ha de hacer en un momento determinado, o lo más conveniente u oportuno. ¡Cuántas veces conocemos, sabemos perfectamente lo que deberíamos hacer, pero nuestros pensamientos e incluso nuestras palabras se quedan en las nubes de los buenos deseos y no se realiza lo sabido, o incluso se hace lo totalmente contrario! El Espíritu no es sólo memoria de Cristo Verdad, sino que es la "*Ley escrita en los corazones*", porque "*el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado*" (Rom 5, 5).

La efusión del Espíritu Santo sobre el primer grupo de discípulos tiene lugar justamente en la Fiesta judía de Pentecostés. Esta Fiesta de Pentecostés actualizaba para los judíos la promulgación de la Ley en el Sinaí, era la Fiesta de la Alianza. En la

Pascua el pueblo conmemora su libertad, y cincuenta días más tarde, en Pentecostés, celebra que tiene una 'constitución' que le identifica como Pueblo de Yavé, la Ley de las Diez Palabras. Es una 'constitución sagrada', escrita por Dios en las tablas de piedra que recibió Moisés en el Sinaí, y en cada nueva fiesta el pueblo debe renovar su intención de vivir como Pueblo de la Alianza.

Pensada y vivida en cristiano, esta Fiesta de Pentecostés es realmente la Fiesta de la renovación de la Alianza, pero no de la 'renovación' que nosotros con nuestros mejores deseos y nuestros esfuerzos repetimos una y otra vez, sino la 'renovación' definitiva que el mismo Dios realiza, según las profecías de Jeremías y Ezequiel: *"haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. No como la que hice con vuestros padres... Ellos quebrantaron mi alianza... Así será la Alianza que haré con ellos: meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones..."* (Jer 31, 31-34). *"Os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo... Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios"* (Ezeq. 36, 23-28). San Pablo llama a la comunidad cristiana de Corinto *"carta de Cristo, escrita por ministerio nuestro, y no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón"* (I Cor 3, 3).

El Espíritu hace 'cristiana' a su Iglesia, y a los creyentes en su seno. El Espíritu da 'forma' cristiana, 'figura' cristiana a los creyentes y a la Iglesia. El Espíritu da 'identidad' cristiana, pues nos hace realmente Hijos en Cristo. Tenemos 'la mente de Cristo' (I Cor 2, 16), los sentimientos de Cristo Jesús, y la capacidad de realizar 'las obras que El hace' (cf. Juan 14, 12).

2.- EL ESPÍRITU UNIFICA A SU IGLESIA EN CRISTO, Y A LOS CREYENTES LOS HACE HOMBRES DE COMUNIÓN.

El gusto espiritual de ser pueblo.

La Palabra de Dios también nos invita a reconocer que somos pueblo: «Vosotros, que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios» (1 Pe 2,10). Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior (EG 268).

Podríamos empezar la reflexión sobre este segundo aspecto de la acción del Espíritu, volviendo sobre la primera Fiesta del Pentecostés cristiano. Lucas tiene interés por mostrar que el primer Pentecostés cristiano es la recuperación de la unidad perdida. A la diversidad de lenguas y falta de entendimiento de los hombres, que se manifestó en Babel, corresponde la voz de los primeros testigos que anuncia las maravillas de Dios y es entendida por cada uno en la propia lengua (cf. Gen 11, 1-9; Act. 2, 1-11).

Pero esta fiesta del primer Pentecostés cristiano todavía no es la fiesta de la recuperación de la unidad perdida en dimensión universal, aunque la anuncie de alguna forma. No podemos olvidar dos datos fundamentales:

a) en Jerusalén, con motivo de aquella Fiesta de Pentecostés, no están en realidad representados todos los pueblos de la tierra. Los allí presentes, cuyo origen geográfico se cita con todo detalle, tienen un común denominador, el que les hace estar presentes precisamente allí en aquel momento: todos son judíos o al menos prosélitos (los no judíos que han abrazado la religión judía).

b) la efusión del Espíritu que relata el cap. 2 de Hechos no es la única que se nos cuenta en el mismo libro. Hay un Pentecostés, Fiesta del Espíritu, con los judíos (cap. 2), pero el mismo Espíritu